

NUEVO Y VIEJO

LA VERDAD HISTORICA DE LOS EVANGELIOS

Enrique Barón

En el pasado mes de mayo se hizo público un documento de la Comisión Bíblica de singular importancia. Su título es: "Instrucción sobre la verdad histórica de los Evengelios" (1). Como es propio de estos documentos de la Comisión Bíblica, tiene la aprobación del Papa y por tanto el valor de su magisterio auténtico. Además de unas normas disciplinares sobre la enseñanza, la predicación y la divulgación por escrito de la Biblia, contiene una parte central que es doctrinal y se refiere al método que el exegeta ha de emplear en la interpretación de los Evangelios.

Desde hace mucho el estudio de la historia está bajo el signo de la crítica. La aceptación ingénuo, incontrolada, de cualquier testimonio sin examinar qué quiere decir y qué valor tiene, se considera incompatible con las exigencias de la razón. Como el Cristianismo quiere ser, antes que un conjunto de enunciados doctrinales, una serie de hechos en su concreta realidad, que forman una historia, la Historia de la Salud, la crítica que está en el ambiente al aplicarse a esta historia toca a la esencia misma del Cristianismo. Si la crítica histórica actuara como un disolvente de lo que en los Evangelios se

tiene como sobrenatural (divinidad de Jesús, Redención, Eucaristía, milagros etc.), el Cristianismo sería incompatible con ella.

A principios de siglo el Modernismo, en nombre de la moderna crítica histórica, eliminaba la verdad histórica de la fe cristiana. De aquí pudo originarse en los católicos una desconfianza contra ese método y esa mentalidad nueva. Las sospechas de heterodoxia recaían también sobre exegetas como el P. Lagrange, cuyo mérito hoy universalmente se reconoce. Hoy nos es más fácil separar el verdadero espíritu crítico de los excesos de criticismo o de los prejuicios contra lo sobrenatural que condicionaban la crítica modernista o antes racionalista. Por ejemplo, no tenemos dificultad en admitir que las palabras de los primeros capítulos del Génesis hay que entenderlas según el "género literario" en que están escritas; si se afirma que el "polvo de la tierra" en ese contexto literario no significa lo que suenan las palabras, no por eso vaciamos de contenido la narración o nos contaminamos de evolucionismo materialista, sino que quizás estamos más cerca de captar el sentido pretendido por Dios.

En 1943 Pío XII en la encíclica "Divino afflante Spiritu" exhortaba a hacer progresar la exégesis utilizando los medios modernos. La presente Instrucción cree conveniente recordar repetidas veces las palabras de esta Encíclica, comenzando por la confianza que el Papa pone en los que trabajan seriamente en los estudios bíblicos y la caridad y ecuanimidad con que se los debe juzgar.

Recientemente algunos exegetas denunciaban una grave crisis, que, como

la modernista, amenazaría los mismos fundamentos del Cristianismo y se entendería a amplios y representativos círculos de investigadores católicos. La Comisión Bíblica no confirma esta alarma. Cuando mira a los actuales estudios bíblicos su primera expresión no es "Lamentabili", como en tiempos del Modernismo, sino "Magnopere gaudendum". El exegeta católico vuelve a oír las palabras de confianza de Pío XII; puede dedicarse a su trabajo, preguntarse sobre el sentido de un pasaje de la Biblia, adoptar métodos nuevos, progresar, equivocarse sin que por eso sólo se le ataque como si pusiera en peligro la fe.

Ciertamente también se le exige. En primer lugar, un trabajo serio. Sólo con que se dé este trabajo serio se elimina una serie de desviaciones que proceden de diletantismo y simplificaciones de problemas complejos. En este trabajo serio va incluido una puesta al día. El investigador católico no puede buscar la seguridad doctrinal en la inmovilidad. La Instrucción, como antes la "Divino afflante Spiritu", se dirige ante todo a aquellos que van delante, cuyas afirmaciones por lo demás son necesarias para los que después han de seguirlas.

Puesto que en la exégesis influirán además unos presupuestos doctrinales (la pura exégesis histórico-literaria es una abstracción inexistente), se le exige además que vigile estos presupuestos, en sí y en los demás. Ha de vigilar que no se infiltren, unidos al método exegetico, prejuicios contrarios a una aceptación plena de lo sobrenatural, en exégesis racional como apertura a una posibilidad, en exégesis dogmática como verdad fundamental. Claro que esta aceptación tendrá que ser continuamente purificada en el modo de pensar lo sobrenatural.

La tercera exigencia es una prolongación y concreción de la anterior: el

(1) Véase la traducción castellana en *Ecclisia* 30 de mayo de 1964, pp. 9-12.

sentido eclesial ha de dirigir e iluminar toda la exégesis. Se forma una idea muy estrecha del papel de la Iglesia, cuando se lo reduce a las intervenciones del Magisterio extraordinario; y una idea muy estrecha de la vinculación que a la Iglesia debe tener el exegeta, cuando se la reduce a la obediencia a estas intervenciones, que son unos sucesos aislados en los que se ve ante todo su carácter jurídico. El sentido eclesial debe ser algo más. Si todo texto hay que entenderlo en su contexto no sólo literario sino también real, la realidad viva de la Iglesia es el contexto último, el más inmediato al exegeta, que ilumina a la misma Biblia. La Iglesia es anterior al Nuevo Testamento como libro y es posterior por su vida en el presente. Los escritos inspirados se originan en su seno; la Iglesia los abarca como realidad más rica y más amplia y que está íntimamente ligada a estos escritos; por ello podemos decir que es su contexto. Como fueron escritos desde una fe en la Iglesia, así serán interpretados desde la propia fe en la Iglesia del exegeta, porque son esencialmente eclesiales.

Como no pretendo hacer un comentario a toda la Instrucción sino solo presentarla desde algunos puntos de vista, paso a lo que constituye su parte central. Se refiere al "método de la historia de las formas". Recientemente han aparecido algunas exposiciones y tomas de posición sobre este método, a las que me remito. Entre ellas están las autorizadas de Mons. Weber, arzobispo de Estrasburgo, y de los Cardenales Bea y Alfrink todos ellos escrituristas (2). La misma Instrucción contiene una exposición bastante completa dentro de su concisión.

(2) J. J. WEBER, *Orientations actuelles des études exégétiques sur la vie du Christ*, Documentation Catholique 60 (1963) 203-212; Card. BEA, *La historicidad de los Evangelios sinópticos*, Razón y Fe 170 (1964) 9-28 (es un co-

Las acusaciones contra algunos exegetas católicos, a las que antes he aludido, se referían en buena parte al "método de la historia de las formas". Comenzaron antes del Concilio y se continuaron durante el mismo. La prevención se explica porque los primeros autores que cultivaron este método y lo aplicaron a los evangelios, los protestantes Dibelius, Bultmann y otros desde 1919, negaban en gran parte la verdad histórica de los Evangelios. Podemos conocer, decían, cuál era la predicación de la Iglesia primitiva; pero no podemos conocer los hechos mismos y la doctrina misma de Jesús; entre el Jesús histórico y nosotros, se levanta, como un muro infranqueable la predicación de la Iglesia. A pesar de esta conclusión demoleadora, la Instrucción anima al exegeta católico a buscar los "sanos elementos" que se encuentran en este método y a utilizarlos para "una más plena inteligencia de los Evangelios". La puesta al día, que promovía Pio XII, y en concreto el no retroceder ante ninguna auténtica exigencia de la crítica histórica llevará al exegeta a buscar todo lo que hay de verdad en este método. Por haber nacido unido a principios filosóficos y teológicos equivocados tendrá que hacer una delicada labor de separación entre la verdadera crítica histórica y esos otros principios. Puesto que Bultmann, Dibelius y el exegeta católico son personas concretas y no abstracciones, no hay que pensar que no han tomado decisiones frente a la religión, la revelación, el milagro etc. o que estas decisiones no influyen en esas otras acciones personales que constituyen la investigación bíblica. El mismo método que se aplica al origen de los evangelios se debe aplicar a su interpretación. Si lo que predicaba o escri-

mentario a la Introducción); Card. ALFRINK, *Lettre-Préface*, Biblica 43 (1962) 254-262. Para una bibliografía más amplia véase el artículo del cardenal Bea, p. 12.

bía el testigo del s. I estaba condicionado por su fe (sin que esto obste para que lo predicado, no en cuanto predicado sino en su misma realidad histórica, sea anterior a la fe y sea su fundamento), también el intérprete del s. XX —católico o bultmanniano— tiene una fe o unas convicciones profundas que condicionan su interpretación. Proceder *como si* no influyera es querer hacer realidad una ficción; es la tentación del historiador que quiere ser puro historiador deshumanizándose. La otra posibilidad, que evita el escepticismo, es reflexionar sobre esos principios generales que acepto o rechazo: ¿por qué yo católico acepto de antemano la posibilidad de que Dios se me revele en la historia, al mismo tiempo que me revela contenidos ideológicos particulares? ¿por qué Bultmann vacía a la revelación de la realidad histórica de hechos y palabras concretas?

Viniendo ya al mismo método, del que sólo expondremos algunas ideas generales, supone un intento de afinar más en la crítica histórica (3). Se trata de una especie de historia de segundo grado: historicidad de las fuentes históricas. No solo lo narrado es un hecho histórico que hay que situar en sus coordenadas de espacio y tiempo con un desarrollo que hay que seguir; la misma acción de narrar es también una acción histórica, cuyas circunstancias y cuya evolución temporal hay que determinar. Bultmann titulaba su libro: "Historia de la tradición sinóptica". Los Evangelios tienen su historia, o si se quiere su prehistoria. Antes de adquirir en la segunda mitad del s. I la redacción escrita con que han

(3) Cuanto a continuación diremos no se refiere a la inspiración del texto sagrado; pero es claro que no la excluye. Si aparece una cierta complejidad humana en la Composición de los Evangelios, toda ella puede quedar asumida y elevada por la gracia de la inspiración.

El sentido eclesial ha de dirigir e iluminar toda la exégesis. Se forma una idea muy estrecha del papel de la Iglesia, cuando se lo reduce a las intervenciones del Magisterio extraordinario.

La aceptación Ingenua, incontrolada, de cualquier testimonio, sin examinar qué quiere decir y qué valor tiene, se considera incompatible con las exigencias de la razón.

El sentido eclesial debe ser algo más. Si todo texto hay que entenderlo en su contexto no sólo literario sino también real, la realidad viva de la Iglesia es el contexto último, el más inmediato al exégeta, que ilumina a la misma Biblia.

llegado hasta nosotros existían otras narraciones escritas, y, antes de éstas, existía la predicación de la Iglesia que anunciaba a los no cristianos y catequizaba a los cristianos la buena nueva de las obras y la doctrina de Jesús. Cuando los evangelistas años después quisieron escribir, tenían ante sí esa predicación de la Iglesia, y de tal modo la incorporaron a sus escritos que podemos decir que resuena en ellos. "En el comienzo era la predicación" dice Dibelius. Esta prioridad que la entendemos respecto a la Escritura, no es solamente de tiempo sino también de valor y la podemos constatar por la misma Escritura. No será indiferente para determinar el sentido y el valor histórico de un pasaje de los Evangelios determinar, en cuanto sea posible, si la tradición oral que recoge procede de la iglesia de Jerusalén o de una iglesia helenística, si su formulación se remonta a los comienzos de la vida de la Iglesia o tiene trazas de una reflexión posterior.

Otro modo de afinar más en la determinación del sentido de las palabras y de su valor histórico es distinguir las diversas "formas" literarias. Estas no llegan a la categoría de "géneros literarios"; son una especie de subgéneros, esquemas según los cuales son tratados los diversos temas.

Baste lo dicho para darse cuenta de algunos de los elementos subjetivos que el "método de la historia de las formas" hace entrar en la formación de los evangelios. La Instrucción los pone bien de relieve. Son elementos subjetivos la adaptación a las circunstancias de los oyentes, la fe pascual a la luz de la cual los apóstoles proponían los hechos y dichos de Jesús, la interpretación de esos hechos y dichos que ellos añadían, adaptando también ésta a los oyentes, los modos de hablar diversos según las circunstancias; por parte de los evangelistas, la adaptación de las tradiciones al fin que cada uno se proponía al escribir, con una labor

de selección, síntesis, amplificación, ordenación, encuadre en uno u otro contexto.

Todo esto preocupa a algunos que no ven cómo a través de tanta elaboración subjetiva se pueda salvar la verdad histórica. Detrás de esta preocupación hay quizás una mentalidad que podemos llamar positivista. Según ella, el ideal del pensamiento en general y del pensamiento histórico en particular es el objetivista, en el que el sujeto desaparezca si es posible, como sucede en las ciencias naturales, que consideran modelo de todas las ciencias. La actividad del sujeto se reducirá a observar con la mayor neutralidad y exactitud posible, al modo como hace el científico con los fenómenos de la naturaleza.

Los Evangelios están muy lejos de este modelo. En su origen no tenemos observadores sino testigos en el sentido más pleno que puede tener esta palabra. En los Evangelios, la Iglesia, comenzando por su fundamento los Apóstoles, da testimonio de Jesús. Dar testimonio no es escribir una biografía no es perseguir el detalle y llevar al máximo la exactitud del dato externo. Testificar es comprometerse a sí mismo por la verdad de algo, o, mejor, de alguien, pues sólo otra persona puede merecer la entrega que de sí mismo hace el testigo. Cuando se trata de conocer la intimidad de una persona, de saber lo que realmente es, de aceptar incondicionalmente su bondad, no basta ninguna observación externa; siempre puede quedar la duda de si los afectos más íntimos corresponden a lo que externamente se manifiesta. Solamente en la amistad, se conoce la intimidad de las personas; en ella el amigo entrega libremente su secreto al amigo porque sabe que es capaz de comprenderlo, y éste, a su vez, está seguro de conocerlo con la seguridad que le da la comunicación íntima existente entre ambos. Reducir este conocimiento a las condiciones de observación de un fenómeno de la naturaleza es destruirlo. En el testimonio que el amigo dé en

favor de su amigo, basado en la amistad, lo subjetivo no puede quedar fuera, puesto que es constitutivo del mismo testimonio.

El "método de la historia de las formas", al señalar la huella que en la trasmisión de las palabras y hechos de Jesús han dejado la fe y la labor de adaptación e interpretación de los testigos, nos está presentando la **compene-**tración y familiaridad existente entre la Iglesia y su Señor, y a los Evangelios como testigo vivo de esa Iglesia. Lo subjetivo no inducirá a error si se lo toma como subjetivo, si lo que es interpretación del testigo se lo toma como tal interpretación. Solamente a una exégesis que se empeñe en ser lo más literalista posible o que se forme de la historia ese ideal positivista de acumulación de datos externos, le parecerá que este método se toma demasiadas libertades y que tiende a adelgazar con la hipercrítica el dato histórico.

Pero según lo antes dicho, lo subjetivo tiene una razón de ser y un valor. La razón de ser es que se trata de un testimonio. El valor es la profundidad de conocimiento a la que nos da acceso la elaboración de los datos. Los hechos externos, aunque exactísimamente transmitidos, nos resultarían demasiado difíciles de interpretar, porque son inseparables del misterio. Los testigos de ellos se consideran también testigos del mismo misterio y por ello nos dan juntamente la interpretación que nos permita penetrar en él.

Estamos ante el aspecto histórico-literario de una verdad que tiene su pleno desarrollo en el Dogma: la unión íntima entre Cristo y la Iglesia. Esta unión se refleja en la misma composición de los Evangelios. Si no acepto a la Iglesia tampoco aceptaré a Cristo. Idea profundamente católica que el encuentro con Cristo no tiene lugar en la soledad de cada espíritu sino en la Iglesia.